

MARQ

MUSEO ARQUEOLÓGICO DE ALICANTE

ARQUEOLOGÍA EN ALICANTE

HOMENAJE A
GABRIELA
MARTÍN ÁVILA



ARQUEOLOGÍA EN ALICANTE
HOMENAJE A GABRIELA MARTÍN





FRENTE A LA EQUÍVOCA PERCEPCIÓN de muchos ciudadanos que ven en los museos sólo un espacio de divulgación y transmisión de saberes forjados en otras instituciones, se ha de reivindicar que son también creadores de conocimiento, capaces de la aplicación de la metodología científica para profundizar en el conocimiento de las experiencias humanas, pasadas y presentes, o de los fenómenos que rigen nuestro entorno natural. Hablamos de investigación, una actividad en la que el Museo Arqueológico de Alicante-MARQ ha dado muestra de competencia en su materia, a través de excavaciones, publicaciones o la organización y participación en reuniones especializadas.

La Diputación de Alicante, que me honro en presidir, apoya este esfuerzo desde el convencimiento que redundará en beneficio de nuestra sociedad, en el sentido de facilitar instrumentos con que valorar científicamente el pasado. Pero la investigación actual que realiza nuestra institución no nace de la nada, debe su progreso a personas que años atrás han dedicado tiempo y energías a explicar las huellas de otras culturas que salpican densamente las tierras alicantinas.

Una de estas personas es Gabriela Martín, que en los años 70 centró gran parte de su labor en la investigación sobre la actividad pesquera romana, a partir de un fascinante yacimiento: la Punta de l'Arenal de Xàbia y sobre la veracidad o no de la existencia de la colonia griega de *Hemeroskopeion* en los alrededores de Denia o el estudio y sistematización de las cerámicas de época romana. Asimismo, con argumentos entonces bien planteados, propuso, con su maestro, M. Tarradell, que *Lucentum* estaba en el barrio de Benalúa y no en el Tossal de Manises, una propuesta que, según tengo conocimiento, toda la comunidad científica aceptó en su momento. Hoy sabemos que no es esta la verdad histórica, pero los argumentos aportados sirvieron para reorientar más tarde, con nuevos hallazgos y excavaciones, la investigación y alcanzar a las certezas actuales. Menos sabríamos si, en la historia de las tierras alicantinas, no hubiera intervenido la Doctora Gabriela Martín.

Por ello, todo acto de reconocimiento a su trabajo ha de ser considerado, merecido y público. Este libro es parte del homenaje que quedará como testimonio del valor de su contribución a la arqueología alicantina. Otro, más emotivo por la cercanía personal, es el acto en el MARQ que ha contado con su presencia y ha congregado a colegas, discípulos, colaboradores e instituciones académicas para glosar su actividad científica. Hemos contribuido a recordar su legado, pero no hay que olvidar que son sus trabajos los que perdurarán. Todavía siguen siendo citados, más de cuarenta años después, pero, sin duda, seguirán siendo referenciados por mucho tiempo más.

ARQUEOLOGÍA EN ALICANTE. HOMENAJE A GABRIELA MARTÍN

Diputación Provincial de Alicante
MARQ. Museo Arqueológico de Alicante

Textos:

Lorenzo Abad Casal
Carmen Aranegui Gascó
Mauro S. Hernández Pérez
Gabriela Martín Ávila
Manuel H. Olcina Doménech

Fotografías:

De los autores
Archivo Gráfico del MARQ
Museo del Mar de Santa Pola

Coordinación editorial:

Juan A. López Padilla

Maquetación y diseño:

Miranda Dreams

Diseño de portada:

Lorena Hernández Serrano

Impresión:

Gráficas Azorín

ISBN: 978-84-15327-35-6

D.L.: A-573-2013

ÍNDICE

- 11** GABRIELA MARTÍN, UNA ARQUEÓLOGA EN LAS ORILLAS DE UN MAR Y DE UN OCÉANO
Mauro S. Hernández Pérez
- 21** GABRIELA MARTÍN ÁVILA Y SU CONTRIBUCIÓN A LA ARQUEOLOGÍA ALICANTINA
Carmen Aranegui Gascó
- 29** LAS "PESQUERÍAS ROMANAS" DE LA COSTA DE ALICANTE CUARENTA Y TRES AÑOS DESPUÉS
Manuel H. Olcina Doménech
- 45** ELS ANTIGONS-LUCENTUM Y UNA CIUDAD ROMANA PERDIDA EN ALICANTE
Lorenzo Abad Casal
- 57** ELS ANTIGONSLUCENTUM, UNA CIUDAD ROMANA EN EL CASCO URBANO DE ALICANTE
M. Tarradell y Gabriela Martín
- 93** GABRIELA MARTÍN. BIBLIOGRAFÍA SOBRE TEMAS Y ESTUDIOS DE LA COMUNIDAD VALENCIANA
Recopilada por A. Garcia Barrachina y E. Verdú Parra

ELS ANTIGONS-LUCENTUM Y UNA CIUDAD ROMANA PERDIDA EN ALICANTE

LORENZO ABAD CASAL

Universidad de Alicante

MEDIADO EL SIGLO XX, en unos ‘años de plomo’ de la Arqueología española, Valencia resultaba un pequeño oasis. La confluencia de dos instituciones con competencias arqueológicas, la Diputación Provincial y la Universidad, había generado un caldo de cultivo muy favorable para el desarrollo de la disciplina.

El Servicio de Investigación Prehistórica de la primera, con sus miembros, su red de colaboradores, sus prospecciones y excavaciones, de la mano de Isidro Ballester primero y de Domingo Fletcher y Enrique Pla después, había logrado poner en pie un organismo de investigación y un museo arqueológico que serían la base del actual Museo de Prehistoria.

En la Universidad, Miquel Tarradell se había incorporado como catedrático al Laboratorio de Arqueología, que bajo su dirección tomó un nuevo impulso y acometió el estudio sistemático de la arqueología valenciana —sobre todo de la alicantina—, abordando con nuevos métodos y planteamientos algunos de sus sempiternos problemas.

La fluida relación entre el SIP y el Laboratorio de Arqueología facilitó la interrelación de sus equipos; era frecuente que los investigadores que trabajaban en un organismo colaboraran con el otro, lo que aumentaba la efectividad de ambos. En ese ámbito surgieron en pocos años varios de los investigadores que han marcado el camino de la arqueología valenciana actual, aunque algunos no puedan acompañarnos ya en este acto. Un cariñoso y emocionado recuerdo desde aquí para ellos, para Domingo Fletcher, Enrique Pla, Miquel Tarradell, Milagro Gil-Masarell y Enrique Llobregat.

Una de las líneas de investigación seguidas desde el Laboratorio de Arqueología de la Universidad de Valencia fue la de contrastar arqueológicamente algunas noticias proporcionadas por las fuentes, hasta entonces objeto de especulación con escaso fundamento científico. Tarradell se ocupó de la Edad del Bronce, la época ibérica y el mundo romano. Una de sus discípulas, Gabriela Martín, estudió la supuesta colonia griega en Denia y las pesquerías romanas de Jávea y orientó su interés hacia la arqueología romana en general y su cerámica en particular. No resulta extraño, por tanto, que fuera ella la que junto con Tarradell abordara uno de los temas aún pendientes: la ciudad romana de Alicante.

Desde siglos atrás los eruditos valencianos y alicantinos habían venido relacionando las ciudades citadas en las fuentes con los vestigios arqueológicos conocidos sobre el terreno. En el caso de Alicante, los nombres que tradicionalmente se manejaban eran los de *Lucentum* e *Ilici*, citados por

Plinio y Pomponio Mela, en tanto que la tercera ciudad a la que también se referían, la de *Allon* o *Alona*, contaba con menos defensores. Para su identificación con vestigios arqueológicos se manejaban principalmente las ruinas del Tossal de Manises de La Albufereta, que ya habían sido exploradas por el conde de Lumières (1780). Otros autores se referían a las ruinas existentes en 'Loxa' y en 'Els Antigons' o 'Los Antigones' (Abad, 1984).

Hacia 1877 apareció en la zona de Benalúa una lápida con parte del nombre de *Lucentum*, que publicó primero Roque Chabás (1887) y recogieron luego Manuel Rico y otros autores (1892). Apareció cerca de la desembocadura del barranco de San Blas, ya por entonces desviado de su cauce original para que desaguara al final de la actual avenida Óscar Esplá. Desde el primer momento, sus editores coincidieron en que la lápida mencionaba el *municipium* de *Lucentum* y podía ser un indicio probatorio de la ubicación de *Lucentum* en ese lugar, que habría que relacionar con el paraje de Los Antigones a que se habían referido algunos autores anteriores. Para Rico no cabía duda. Era la ciudad de *Lucentum*, en tanto que el Tossal de Manises sería, aunque con dudas, *Alona*. Pero no todos los autores alicantinos estuvieron convencidos. A lo largo de la primera mitad del siglo XX, la ubicación de *Lucentum* osciló entre ambos parajes, sin olvidar el propio Benacantil, cuya candidatura también contó en algunas ocasiones.



Fragmento de inscripción hallada en 1877 en Benalúa.

No es nuestra intención recorrer la historia de estas propuestas, que hemos tratado en otros lugares y que han sido objeto de la atención de otros investigadores (Abad, 1984; Sala, 2010). Nos limitaremos a recordar que a mediados del siglo XX la situación se había estabilizado en las propuestas de los dos últimos arqueólogos que habían tratado el tema: José Lafuente Vidal y Francisco Figueras Pacheco. La idea más asentada era la que identificaba el Tossal de Manises con *Lucentum*, derivara o no de una pretendida *Akra Leuke* anterior, y compartiera ese nombre o no con lo que hubiera en el Benacantil, o en el yacimiento de Los Antigones.

En 1966 la incorporación a la dirección del Museo Arqueológico Provincial de Alicante de Enrique Llobregat supuso un cambio generacional y también en la forma de ver y de estudiar la arqueología y la historia antigua de Alicante. Sus dos artículos publicados en la revista del Instituto de Estudios Alicantinos, titulados "Hacia una desmitificación de la Historia Antigua de Alicante" son especialmente esclarecedores y, en lo que a nuestro relato interesa, retoma la antigua propuesta de Manuel Rico de situar *Lucentum* en la zona de Benalúa (Llobregat, 1969 y 1970).

Vista desde hoy, la vuelta a la ubicación de *Lucentum* en Benalúa resultaba algo arriesgada, pues tenía que dejar a un lado el Tossal de Manises, establecimiento que contaba con muralla, torres y casas que se habían ido descubriendo a lo largo de los años, y también con inscripciones que hacían referencia a monumentos y cargos municipales. A su alrededor se ubicaban varias necrópolis, entre ellas la de La Albufereta, y la urbanización salvaje que por entonces comenzaba iba poniendo al descubierto y destruyendo vestigios de su zona periurbana.

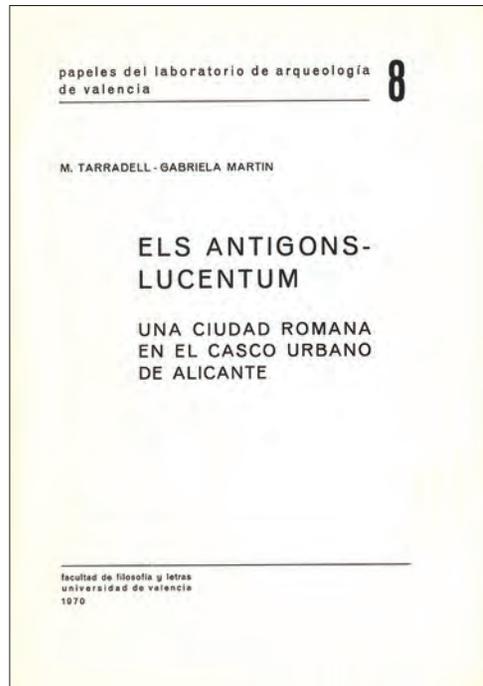
Sin embargo, ¿con qué contaba Benalúa? Con los datos transmitidos por Rico en el momento de la construcción del barrio: algunas estructuras, una necrópolis, cerámicas romanas tardías y sobre todo la inscripción encontrada en 1877 (Rico, 1892 [1986]) que mencionaba de forma expresa el *municipium* de *Lucentum*. Seguramente esta inscripción de dos emperadores antoninos pesó más en el ánimo de Enrique Llobregat que todo lo encontrado en el Tossal y su entorno. Y la prueba definitiva pareció darla en 1971 la excavación en la orilla del barranco de San Blas, límite oriental de Benalúa, de un gran vertedero de cerámica romana, principalmente sigillata tardía parecida a que había estudiado Rico. Estaba donde tenía que estar, en las afueras de ese núcleo urbano que parecía ir tomando forma.

La hipótesis de que *Lucentum* estaba en Benalúa enlazaba también con una línea argumental que se estaba abriendo paso en el ánimo de los investigadores: que las ciudades romanas estaban --tenían que estar-- debajo de las actuales. En Valencia, la excavación en la Plaza de la Virgen, dirigida por Tarradell y de cuyo equipo había formado parte Gabriela Martín, había permitido documentar fehacientemente su origen romano. Benalúa cumplía a la perfección ese papel nuclear de ciudad romana, no así el Tossal de Manises, perdido en una zona que hasta pocos años atrás se había sentido muy alejada de la ciudad.

Faltaba documentar arqueológica e históricamente esa identidad de Benalúa con *Lucentum*. Y ese papel, paradójicamente, no lo cumplió el propio Llobregat, sino su maestro, Miquel Tarradell, y su discípula y compañera, Gabriela Martín. Tras desmontar la identidad cartaginesa de Alicante el primero y la presencia griega en la costa alicantina, llegaba el momento de establecer nuevos paradigmas. Y sin duda en este ambiente *Lucentum* encajaba muy bien en Benalúa.

Alentados por la presencia en Alicante de Enrique Llobregat, Tarradell y Martín comenzaron el estudio de los materiales romanos de Benalúa a partir de los datos recogidos por Manuel Rico, que

hasta entonces seguían prácticamente inéditos y desconocidos. Recopilaron también todas las citas dispersas que referían el hallazgo de materiales arqueológicos romanos en esa zona y en sus inmediaciones, sobre todo monedas y tumbas. El resultado fue un libro titulado *Els Antigons-Lucentum. Una ciudad romana en el casco urbano de Alicante*, que se publicó en 1970 como número ocho de los *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* y que he releído una vez más, con interés y admiración, en estos días.



Portada del libro de Miquel Tarradell y Gabriela Martín.

El libro consta de tres partes, una introducción firmada por Tarradell y dos capítulos. El primero ("La ciudad romana y sus problemas") es del propio Miquel Tarradell y el segundo ("Estudio de las cerámicas del manuscrito de Manuel Rico") de Gabriela Martín, que es el que se reproduce en este volumen. Pero el libro lo firman ambos autores y está claro que el estudio de las cerámicas de Gabriela Martín es la base sobre la que en buena medida se sustenta la hipótesis Benalúa = *Lucentum*.

Poco vamos a decir acerca del estudio de las cerámicas de Rico que hace la hoy homenajeada, un estudio modélico en el que se basó Alberto Balil para alguna de las célebres 'Notas de lectura' que publicaba en los BSEAA de Valladolid a medida que iba leyendo las novedades que se publicaban y que son un termómetro de la actividad arqueológica en la España de la época. En buena medida el estudio de Gabriela Martín sigue aún vigente, por mucho que haya progresado en estos cuarenta años el estudio de la cerámica romana.



Lucerna paleocristiana hallada en las excavaciones de Benalúa.

Els Antigons-Lucentum. Una ciudad romana en el casco urbano de Alicante parte de una idea ya entonces asentada: la de que la ciudad de *Lucentum* se encuentra en la zona del Ensanche alicantino, abarcando el barrio de Benalúa y una alargada lengua de tierra entre el mar y el cauce original del barranco de San Blas, que antes de su desviación desembocaba aproximadamente por el final de la calle Doctor Gadea. En este momento, aprovechando un cauce menor que ya debía existir, se le hizo desembocar por la parte baja de lo que ahora es la avenida de Óscar Esplá.

Sus argumentos básicos son los siguientes:

- Los datos proporcionados por Manuel Rico (1892), que incluían numerosos materiales cerámicos, tumbas con cubierta de tégula o ladrillo y estructuras arquitectónicas que él identificó con una fábrica de cerámica (Rico 1893) y vidrio y que Tarradell reinterpreto como factoría de salazón.
- La inscripción CIL II, 5958 [3558] con la noticia de un *arcum*, encontrada en Els Antigons y atribuida por Hübner a Elche. Tarradell propuso resituarla en Els Antigons alicantinos, pues en Elche no se conocía –ni se conoce-- topónimo de este nombre.
- La lápida con la mención de *Lucentum*, cuya primera noticia se dio en la revista *El Archivo* (Chabás, 1877), indicando que se había descubierto unos diez años atrás, cerca de la nueva desembocadura del barranco de San Blas.

Esta era la hipótesis que la moderna investigación arqueológica puso en circulación a principios de los años 70, contradiciendo la asentada en las décadas inmediatamente anteriores de *Lucentum* = Tossal de Manises. Esta es la hipótesis que hizo suya Enrique Llobregat y que aceptó la ciencia alicantina en los años siguientes. Esa es la hipótesis que yo mismo encontré a mi llegada a Alicante, que me pareció correctamente fundada y desarrollada, y que defendí en mis primeros trabajos sobre la Arqueología romana en Alicante.

Poco antes se produjo, sin embargo, un acontecimiento que había sacudido sus cimientos. En los alrededores del Tossal de Manises, durante unos trabajos de limpieza, se había encontrado una nueva inscripción que mencionaba el nombre de *Lucentum* (Llobregat, 1981). Se trataba del epígrafe funerario de un *sevir* augustal, *Publius Astranius Venustus*. Enrique estaba preocupado por cómo podría afectar a la hipótesis que él había contribuido a desarrollar. En su despacho del antiguo Museo Arqueológico, entre visitas y comentarios de todos los que pasaban por allí, me explicó un día la interpretación que había desarrollado para resolver el problema, y que luego mantendría: la de que *lucentis* era un ablativo de origen o un adjetivo, y por tanto lo que indicaba era que *Astranius*



Manuel Rico

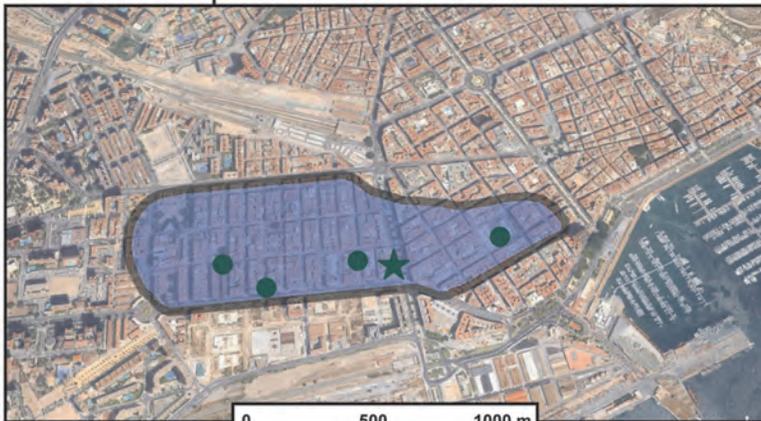
Venustus, nacido en *Lucentum* o procedente de esta ciudad, había sido enterrado junto al Tossal de Manises, sin que de ello pudiera deducirse ninguna relación entre ambas ciudades. La hipótesis era ingeniosa y cumplía todos los requisitos de la lengua y la epigrafía latinas. Tras estudiar juntos el epígrafe un buen rato, comenté que, siendo válida esa hipótesis, había otra que me parecía más lógica: la de que fuera genitivo singular de alguna de las formas de la tercera declinación que nos han sido transmitidas en plural (*Lucentes*, *Lucentia*), y que lo que indica es por tanto que *Astranius Venustus* era *sevir* de *Lucentum*. No se menciona el *origo* ni la ciudad en la que ha muerto porque al autor de la lápida debía parecerle más que evidente: la que estaba al lado de la tumba (Abad, 1990, 146). Esta opinión coincide sustancialmente con la expresada más tarde por Corell (1999, 125), en tanto que Alföldi (2003, 44) se decanta por una forma en ablativo locativo, aunque en cualquier caso la relaciona también con el Tossal de Manises,

Pero no era Enrique persona que cambiara fácilmente sus puntos de vista, más bien tenía la virtud de convencer a los demás de la certeza de los que él defendía con convicción y seguridad. Entre una lápida de un *sevir* augustal encontrada en el Tossal y otra de dos emperadores en Benalúa, ésta parecía de mucha mayor importancia. Sobre todo cuando de ello podía derivarse nada menos que la ubicación de la ciudad romana. El resultado fue que *Lucentum* = Benalúa siguió siendo la hipótesis de trabajo y así la recogí en el libro *Los orígenes de la ciudad de Alicante*, publicado poco después por el Instituto Juan Gil-Albert.

Por ese tiempo, el Ayuntamiento de Alicante, gracias al interés de su entonces alcalde, José Luis Lassaleta, había firmado con la Universidad de Alicante un convenio para llevar a cabo la delimitación de las áreas arqueológicas del término municipal y elaborar unas propuestas de actuación. Con Agustín Pantoja y Julio Trelis realizamos la prospección y el inventario correspondientes y marcamos sobre plano aquellos lugares en los que se habían encontrado vestigios antiguos, tanto transmitidos de forma oral o por escrito como documentados arqueológicamente. Se establecieron varias áreas de protección y se propusieron actuaciones preventivas, como la de realizar catas antes de cualquier obra o actividad, y la de dotar una plaza de arqueólogo municipal. Compartimos tribunal Enrique y yo y entre los candidatos que se presentaron obtuvo la plaza Pablo Rosser.

Como continuación del convenio firmado, y aprovechando que por entonces se iniciaba un proceso de renovación de los edificios en Benalúa, que cumplían cien años, Pablo Rosser y yo diseñamos un proyecto de excavación en los solares que fueran quedando libres, con la colaboración de Feliciano Sala y Ana Ronda como técnicos encargados de su excavación y estudio. La intención era constatar arqueológicamente la ciudad que hasta entonces sólo existía en el papel y sobre cuya existencia comenzaban a aparecer los primeros nubarrones.

En el tiempo que duró esta segunda parte del convenio, entre 1988 y 1989, se excavaron siete solares y los resultados no fueron los previstos. Muy pronto nos dimos cuenta de que la esperada ciudad se había esfumado. Se realizaron sondeos en la Plaza Rodrigo Navarro 13 y en las calles Alberola 25, 28 y 30, García Andreu 44, Pérez Medina, 16 y Catedrático Soler esquina a Dr. Just. Sólo en estos dos últimos se encontraron vestigios antiguos, que correspondían a sendos vertederos. Eran en su mayoría materiales tardíos, de los siglos V y VI, que incluían cerámicas, vidrios, monedas y algún material de construcción y de decoración. Elementos anteriores había muy pocos, aunque algunas cerámicas se remontaban a la segunda mitad del siglo I d.C. (Sala y Ronda, inédito; 1990). Estos resultados se compaginaban bien con los que fuera ya del convenio se iban realizando en otros



La ciudad de Alicante en la actualidad, con la ubicación de Benalúa y del Tossal de Manises.

Abajo, en resaltado azul se indica la localización y extensión de la ciudad romana de Lucentum según la propuesta de Tarradell y Martín. Los círculos verdes indican los lugares donde Manuel Rico documentó estructuras y recogió materiales. Con una estrella, el lugar donde apareció la inscripción.

En la de más abajo, los círculos rojos marcan los sondeos realizados en 1988 y 1989 por la Universidad y el Ayuntamiento. En azul, algunos de los que han proporcionado hallazgos más importantes realizados fuera de este convenio: la excavación de Enrique Llobregat de 1971 (LI), la de la calle Alona 18 (A) y la de la avenida del Catedrático Soler de 2006 (P).

solares, tanto de la zona de Benalúa como de la parte occidental de la hipotética ciudad, hacia la avenida del doctor Gadea.

Los puntos sondeados eran escasos y cabía la posibilidad de que los desmontes realizados durante la construcción del barrio de Benalúa hubieran hecho desaparecer parte de la ciudad. Pero los vestigios recogidos, e incluso la propia topografía resultante, no parecían avalar esta hipótesis.

En los años siguientes, fuera ya del convenio Ayuntamiento – Universidad, el Cophiam, organismo creado por el Ayuntamiento para cuidar de su patrimonio, excavó o supervisó excavaciones en toda el área de la supuesta ciudad romana, a ambos lados del cauce moderno del barranco, sin encontrar tampoco elementos que pudieran avalar la existencia de un núcleo urbano. La intervención de la calle Alona 18, realizada por Pilar Beviá, proporcionó los únicos restos de estructuras murarías encontrados desde los trabajos de Rico.

La última intervención, y quizás la de mayor importancia, ha sido la realizada en el año 2006 en la avenida del Catedrático Soler con motivo de la construcción de un aparcamiento subterráneo. Se realizaron varias catas y una excavación en extensión, justo en la esquina de la calle doctor Just, no lejos del sondeo realizado en el proyecto Universidad - Ayuntamiento que había descubierto un vertedero con materiales interesantes. Lo que en esta ocasión se ha encontrado ha sido también un vertedero con gran cantidad de materiales: cerámicas finas, comunes, de transporte y de cocina, tanto importadas como de producción local; además fauna e interesante material de vidrio, que confirma la hipótesis de Rico acerca de la existencia de una fábrica de vidrio en la zona por él excavada, muy próxima a la ahora intervenida. Aunque la parte alta del vertedero había sido cortada por la urbanización de la calle Catedrático Soler, la cronología de lo hallado llegaría, según los autores, al menos hasta mediados del siglo VII d.C. (Lara Vives et alii, 2007). Es un nuevo vertedero que añadir a los ya conocidos, y especialmente al excavado en su momento por Enrique Llobregat en el lugar que ocupa la sede de la antigua Caja de Ahorros Provincial de Alicante, luego de la CAM y ahora, finalmente, del banco Sabadell, cuyos materiales fueron estudiados por Paul Reynolds (1987). El propio Reynolds había excavado personalmente otro pequeño vertedero en la calle Arquitecto Morel.

Todo ello permitió confirmar, por tanto, que en la zona de Benalúa existieron algunos hábitats, tanto residenciales como de producción, y que si bien algunas de estas instalaciones pueden remontarse a comienzos del Imperio, en su inmensa mayoría son tardorromanas y en ningún caso puede hablarse de un hábitat urbano.

Resultaba evidente, por tanto, que la hipótesis tan bien argumentada por Tarradell no era correcta. Así lo dimos a conocer en la *Historia de la Ciudad de Alicante, Edad Antigua*, publicada en 1990 por el Ayuntamiento de Alicante con motivo del quinto centenario de la ciudad. De forma consciente cedimos buena parte del espacio que se nos asignó para que dispusieran de él aquellos investigadores que estaban llevando a cabo los trabajos que en poco tiempo iban a cambiar el panorama de la arqueología de la ciudad de Alicante: Manuel Olcina para el Tossal de Manises, Feliciano Sala y Ana Ronda sobre sus excavaciones en Benalúa y Pablo Rosser sobre los nuevos descubrimientos que el Ayuntamiento iba realizando. Podemos decir que ese libro, que pretendía ser ante todo un libro de divulgación, se convirtió en la partida de nacimiento de la nueva visión de la ciudad de Alicante. Casi inmediatamente abordamos también el tema en el primer número de la revista *Lqnt*, del Ayuntamiento de Alicante (Abad, 1993), pues gracias al Ayuntamiento se había podido desarrollar ese proceso.

Entretanto, el segundo puntal de la hipótesis *Lucentum* = Benalúa se venía también abajo. Nos referimos a la inscripción CIL 3558, que no se conserva, y que el *Anonymus Montfauconii*, una fuente de mediados del siglo XVII y de relativa confianza, había ubicado en Los Antigones, el 'huerto del Baver' cercano a Benalúa. En ella se mencionaba [---] *Porcio Rufino* en la primera línea y *arcum fecit* en la cuarta, siendo ilegibles la segunda y la tercera. La interpretación tradicional, recogida por Hübner en el CIL y por Tarradell en la obra que estamos glosando, era la de que se refería a un acueducto. En un trabajo que dedicamos a los arcos romanos en el País Valenciano, sugerimos que puesto que la palabra *arcum* raramente designa un acueducto, en caso de que el epígrafe fuera auténtico, debería tratarse de un arco honorario o conmemorativo, oficial o privado (Abad, 1984).

La expresión *Porcio Rufino* [---] *arcum fecit* se encuentra en otras dos inscripciones en la Comunidad Valenciana. La principal y única que existe físicamente es la de Jérica, conocida desde al menos principios del siglo XVII, que desarrolla la relación familiar entre una madre (*Quintia Proba*) que manda erigir un arco con estatuas en su honor (*sibi*), en el de su marido (*Porcio Rufo*) y de su hijo *Porcio Rufino*. La otra es la que transcribe el canónigo Montesinos en la segunda mitad del siglo XVIII, a todas luces una descarada copia / adaptación de la de Jérica para ennoblecer el pasado de Petrel, de donde según la noticia del canónigo procedía.

En su momento sopesamos la posible falsedad de CIL 3558, pero había argumentos a favor de su toma en consideración. Entre ellos la anterioridad del *Anonymus Montfauconii* con respecto al texto de Montesinos, la relativa seriedad de la fuente y el hecho de que en este caso la copia de la inscripción de Jérica fuera mucho más discreta. A ello se añadía —por qué no confesarlo— la vinculación de ese epígrafe con la hipótesis de la ubicación de *Lucentum* que entonces nos parecía más probable. Por todo ello le concedimos en ese momento el beneficio de la duda (Abad, 1984).

Pero cuando a principios de los años 90 redactamos el volumen I de los *Textos para la historia de Alicante. Edad Antigua*, ese beneficio ya había desaparecido (Abad y Abascal, 1991). Estaba claro que *Porcio Rufo* y el arco de Los Antigones eran sólo una copia parcial de la inscripción de Jérica. Así lo verían también otros autores que trataron el tema, entre ellos Josep Corell (1992; 1999, 330), aunque la interpretación que hizo de mis argumentos no era del todo correcta.

Y hay que reconocer también que el tercer y principal puntal de la hipótesis, la inscripción, correspondiente a la lápida encontrada en Benalúa (CIL II 3562), nunca había sido un argumento sólido. Su texto, muy mutilado, dice así: (...)oninus.I(...) / (...)s. augg. ger.sar(...) / (...)unicipi lucent(...). El desarrollo de las primeras líneas no plantea problema, y hay que leerlo como *Imperatores Caesares Marcus Aurelius Antoninus* y *Lucius Aelius Aurelius Commodus Auggusti Germanici Sarmatici*. Pero la última línea es más complicada. Parece evidente que se menciona el *municipium lucentinum*, bien sea en esa forma, bien sea como *municipi Lucentis* o en otra forma parecida (Abad, 1984; Abad y Abascal, 1991, 104; Corell, 1999, 129; Alföldi, 2003, 45).

Nos encontramos por tanto ante una inscripción que relaciona el *municipium* de *Lucentum* con los emperadores Marco Aurelio y Cómodo, cuyos títulos dan una fecha en torno al año 176-177 d.C., aunque su relación con la ciudad de *Lucentum* no queda clara. La hipótesis más lógica es que conmemorara una acción de los emperadores en favor del municipio, puesto que su nombre aparece en nominativo. Pero no es posible saber qué. La inscripción apareció fuera de contexto, como queda claro de las noticias transmitidas por sus primeros editores. Pudo haber sido transportada desde lejos o pertenecer a un monumento ubicado en las cercanías. Pero incluso en este último

caso, el más favorable para su relación con Benalúa, la mención del municipio no supondría necesariamente su emplazamiento en este lugar, sino que la obra realizada se encontraba en su *territorium*.

Cuando en 1990 publicamos el tomo I de la *Historia de Alicante. Edad Antigua* ya citado estaba claro que en Benalúa y sus aldeaños no había existido ninguna ciudad romana digna de tal nombre, sino unas instalaciones dispersas, seguramente algún edificio residencial de categoría y unas instalaciones de producción que, a juzgar por los restos encontrados, debían ser las de vidrio y cerámica de que en su momento habló Rico. Sin embargo, no todos los participantes en ese libro compartían esa idea. Enrique Llobregat, que se reservó la parte correspondiente a la época ibérica, siguió fiel a la suya, y así lo dejó claro en su Introducción: "El Tossal de Manises, más bien la ciudad romana del Tossal de Manises, cuyo nombre nos sigue siendo desconocido..." y "Hay una tercera ciudad, a la que no dudo en dar el nombre de *Lucentum*, que se extendió por la meseta de Benalúa." (págs. xvii-xviii).

Desde entonces el panorama ha cambiado poco. Algunas excavaciones más que añadir a las arriba comentadas, realizadas por diversas empresas y coordinadas por el servicio de arqueología del Ayuntamiento, han permitido precisar algunos aspectos y aportar nueva información. Y más recientemente, Pablo Rosser, en una tesis doctoral que aún se encuentra inédita (2013), entre otras aportaciones ha reconstruido la topografía original de la meseta de Benalúa, confirmando que los desmontes realizados no fueron los causantes de la desaparición de la ciudad. Pero esos son datos que le corresponderá darlos a él, cuando y donde lo estime oportuno.

Bibliografía

- ABAD CASAL, L. 1984: Arcos romanos en el País Valenciano: los testimonios epigráficos. *Lucentum*, 3, 193-200.
- 1984: *Los orígenes de la ciudad de Alicante*. Alicante.
- 1993: Benalúa, Tossal de Manises y el emplazamiento de la ciudad de Lucentum. *Lqnt* 1, 153-156.
- 1990: La romanización. *Historia de la ciudad de Alicante*, I, 119-147.
- ABAD, L. y ABASCAL, J. M. 1991: *Textos para la historia de Alicante. Edad Antigua*. Alicante.
- ALFÖLDI, G. 2003: Administración, urbanización, instituciones, vida pública y orden social, *Canelobre* 48
- CHABÁS, R. 1887: Hallazgo de una inscripción romana, *El Archivo*, 1.47, 372.
- COREL, J. 1992: Inscripcions inèdites i revisades del País Valencià. *Fonaments*, 8, 184-198.
- CORELL, J. 1999: *Inscripcions romanes d'Ilici, Lucentum, Allon, Dianium i els seus respectius territoris*, Valencia.
- LARA VIVES, G.; GARCÍA GUARDIOLA, J.; LÓPEZ SEGUÍ, EL; RIZO ANTÓN, C. y SÁNCHEZ DE PRADO, M.D. 2007: Nuevas evidencias de la ocupación de Benalúa (Alicante) durante los siglos VI-VII d.C. *MARQ, arqueología y museos*, 02, 49-81.
- LLOBREGAT, E. 1969: Hacia una desmitificación de la historia antigua de Alicante, *Boletín del Instituto de Estudios Alicantinos*, 1, 52-61.
- 1970: Hacia una desmitificación de la historia antigua de Alicante II: un supuesto epitafio de Amílcar Barca, *Boletín del Instituto de Estudios Alicantinos*, 4, 7-18.

- 1981: Una nueva inscripción romana del Tossal de Manises y la localización del topónimo Lucentum. *Boletín del Instituto de Estudios Alicantinos*, 33, 23-38.
- LUMIARES, C. DE 1780: *Lucentum, oy la ciudad de Alicante en el reyno de Valencia*. Valencia.
- REYNOLDS, P. 1987: *El yacimiento tardorromano de Lucentum (Benalúa, Alicante): las cerámicas finas*. Catálogo de fondos del Museo arqueológico, II. Alicante.
- RICO, M. 1892: Arqueología alicantina. Nuevos descubrimientos. *El Archivo*, 6, 1982, 159 ss.
- 1892 [1986]: *Memoria relativa a los nuevos descubrimientos de la antigua Lucentum*. Ms. publicado en 1986. Alicante.
- 1893: Fábricas de vidrio y cerámica en Alicante, *El Archivo*, VII, xxx.
- RONDA, A. y SALA, F. 2000: El asentamiento tardorromano del barrio de Benalúa (Alicante); las actuaciones arqueológicas de 1989, *Scripta in Honorem, Enrique A. Llobregat Conesa*, 443-458. Alicante.
- ROSSER, P. 1990: Nuevos descubrimientos arqueológicos en el término municipal de Alicante. *Historia de la ciudad de Alicante*, I, 189-286.
- 2003 (inédito): *Arqueología del poblamiento de un territorio del Mediterráneo occidental (Alicante, España) desde época tardía a la primera ocupación islámica*. Tesis doctoral Alicante.
- SALA SELLÉS, F. 2010: "Nuevas perspectivas sobre las relaciones púnicas con la costa ibérica del sureste peninsular", *Mainake* XXVII, 933-950.
- SALA SELLÉS, F. y RONDA FEMENÍA, A. 1990: Excavaciones arqueológicas en Benalúa, *Historia de la ciudad de Alicante*, I, 287-311.
- inédito: *Actuaciones arqueológicas en el barrio de Benalúa (Alicante). Las campañas de 1989*. Memoria final entregada en el Ayuntamiento de Alicante en 1995.
- TARRADELL, M. y MARTÍN, G. 1970: *Els Antigons-Lucentum. Una ciudad romana en el casco urbano de Alicante*. Valencia.